HISTORIA DE LA IGLESIA Y ECUMENISMO

FABRICIANO FERRERO, C. SS. R.
Valladolid - Roma

El problema surgió en las V Jornadas Nacionales de Estudios Ecuménicos (Salamanca, 18-21 de abril de 1968). En uno de los coloquios alguien preguntó: ¿cómo presentar con espíritu ecuménico en las clases de Historia de la Iglesia el tema de la Reforma?... Se ponderaron las dificultades de la cuestión pero nadie se atrevió a esbozar una respuesta. Es lo que ahora vamos a intentar, buscando los principios fundamentales para una solución teórica. Como en la convivencia diaria de las diversas confesiones, el problema de los hermanos separados en la historia de la Iglesia es, ante todo, cuestión historiológica y de mentalización. A esto se debe la orientación del presente estudio que, por otra parte, se presenta como una opinión meramente personal. Todo ello quedará más claro si desde el principio se tiene presente que por *hermanos separados* entendemos, normalmente, las grandes confesiones cristianas a que se refieren los documentos conciliares al hablar del diálogo ecuménico. De las sectas en que es difícil descubrir un valor religioso no es intención nuestra hablar aquí.

I.—A PARTIR DE UNA EXPERIENCIA

Para más de un lector puede carecer de importancia el tema que ahora nos planteamos. Supongo que los profesores de historia de la Iglesia pensarán de otra manera, sobre todo si, como quien esto escribe, han hecho sus estudios superiores de historia durante la celebración del Concilio Vaticano II y han tenido que dar sus clases en medios juveniles con preocupaciones ecuménicas. En este caso ciertamente que se habrán sentido impresionados por la evolución de las actitudes que se han ido dando ante el tema. Personalmente he de confesar que antes del Concilio mi orientación se basaba, fundamentalmente, en los últimos Congresos Internacionales de Historia, en los discursos de los Papas con este mismo motivo y en la filosofía y teología de la historia tal cual la presentaban los teólogos

Universidad Pontificia de Salamanca

católicos y protestantes del momento. Así, en el problema ecuménico y de las religiones no cristianas, mi actitud era, ante todo, de respeto y objetividad pero siempre mirando desde fuera y en actitud de crítica. Esta crítica, por otra parte, se basaba en una visión biográfica y puramente natural de los fundadores y de los orígenes de las religiones no católicas. De aquí una postura preferentemente negativa y una visión "católica" de las realidades no católicas.

El ambiente del Concilio y el estudio de los documentos conciliares, así como el mayor contacto con la literatura no católica, me han hecho dar un paso más: mirar el fenómeno de los hermanos separados y de las grandes religiones no-cristianas desde el punto de vista de la historia de la salvación y desde el punto de vista no-católico, hasta descubrir su función dentro de la historia de la salvación y dentro de la Iglesia.

Realmente no es un gran descubrimiento, al menos para un teólogo posconciliar. Pero para un historiador esta doctrina supone una serie de problemas que exigen una respuesta desde el mismo campo de la historia. Se trata, en efecto, de ver el origen de las iglesias no-católicas dentro de la iglesia verdadera o, en otras palabras, de ver cómo un hecho o fenómeno de orígenes históricos oscuros y turbios se puede convertir en hecho auténticamente religioso con dimensiones salvíficas y cristianas.

Creo que el camino para una solución verdadera ha de buscarse en medio de una serie de principios historiológicos, sencillos pero de consecuencias muy amplias, y en una adecuada metodología histórica.

II.—PRESUPUESTOS HISTORIOLOGICOS

1. Parece una constante en la historia de la salvación y en la historia de la Iglesia el que hechos humanos, históricos, que en sí se explicarían perfectamente por razones psicológicas, sociológicas o políticas, se van convirtiendo, progresivamente, en hechos religiosos que es necesario encuadrar dentro de un marco más amplio que el de la historia pequeña; dentro de la historia de la salvación, y considerarlos a la luz de la teología. En otras palabras, parece una ley de la historia el que ciertos hechos históricos se conviertan en hechos teológicos.

2. Por lo mismo, no se debe perder de vista al interpretarlos, que no son hechos dados definitivamente en un instante,

Universidad Pontificia de Salamanca

sino procesos históricos cuyo significado no está en un instante sino en una sucesión. De aquí que al interpretarlos teológicamente quizá no sea lo más acertado mirarlos en lo que tienen de estático, sino en su dinamismo histórico. Digámoslo más claro poniendo, por ejemplo, el fenómeno protestante. Para comprender el Protestantismo no basta ver sus orígenes ni las figuras a las que debe su aparición histórica; es necesario ver la proyección histórica que ha tenido sobre todo en función de la misma Iglesia. Es como descubriremos lo positivo y lo negativo del mismo.

3. Para comprender adecuadamente este principio hemos de reflexionar detenidamente sobre los condicionamientos del hecho histórico. En efecto, el hecho histórico, aunque dependa del individuo, está sobre el individuo mismo. Más aún, el individuo llega a quedar como dominado por la marcha de la historia en un juego de libertad y determinismo. Así es como aparece como una víctima al servicio del bien y del mal, de la verdad y del error. Es la trascendencia histórica de las acciones individuales.

En segundo lugar, hemos de ver cómo ese hecho religioso, basado originariamente en lo humano, psicológico, social, etc., se va encarnando, al mismo tiempo que se convierte en religioso, en una dimensión humana, política, cultural, desde la que ejerce su dinamismo histórico-religioso. El hecho religioso nunca permanece en estado puro, de neta religiosidad. Se encarna, se hace humano, historia de un período y de un pueblo.

De aquí proviene la dificultad para analizarlo desde un punto de vista religioso: estamos expuestos a confundir lo humano y lo cultural con lo religioso, y a rechazar lo religioso porque nos desagrada lo humano en que se encarna.

Sin embargo, no hemos de perder de vista que también eso humano, influenciado por lo religioso, se convierte en elemento dinámico del mismo hecho religioso. Así, el Protestantismo, por medio de la cultura anglogermánica, ha ejercido una acción sobre el mundo occidental y sobre la misma Iglesia católica que es difícil decir si se debe a lo religioso del Protestantismo o la cultura en que se ha encarnado. De todos modos, para juzgar teológicamente del hecho teológico protestante es imprescindible tenerlo en cuenta.

4. Por todo ello, al examinar el hecho de los hermanos separados debemos distinguir: los personajes y las situaciones

Universidad Pontificia de Salamanca

históricas que originaron el hecho histórico protestante, anglicano, ortodoxo, etc.

cómo ese hecho se va encarnando en una dimensión histórica y en una geografía;

cómo, a un mismo tiempo, se va convirtiendo en hecho religioso;

y, finalmente, cuál es su significación histórico-teológica: su dinamismo, sus ventajas y sus inconvenientes para la Iglesia.

Para descubrir estos principios historiológicos en cada una de las confesiones cristianas no-católicas se impone una metodología histórica concreta. Es lo que vamos a intentar sintéticamente en las líneas siguientes.

III.—UNA METODOLOGIA CONCRETA

1. En todo el proceso de investigación de las fuentes y de los hechos, en todo el proceso analítico, se debe proceder con suma objetividad e imparcialidad, tanto al hablar de los hechos y figuras católicas como de los hechos y figuras de las iglesias separadas. Frente a este principio que todos admiten, se da una tendencia extremista entre los católicos actuales: los que han descubierto en los hermanos separados una misión, digamos profética, se ven tentados a acentuar las tintas negras de la iglesia contemporánea (la culpabilidad de la Iglesia católica) para que el fenómeno no-católico aparezca como justificado y natural. Lo mismo hacen otros católicos con los fundadores de las iglesias no-católicas para negarles toda misión carismática. Recuérdese la actitud de Denifle para con Lutero y la de muchos protestantes y católicos para con los Papas del Renacimiento.

2. En la interpretación, síntesis y exposición históricas, donde el historiador de la Iglesia tiene que dejarse iluminar por la fe, hemos de tener en cuenta la teología de la historia y la teología de la Iglesia dentro de la historia de la salvación. En este momento debemos evitar el peligro de mirar desde fuera y con actitudes meramente negativas. El fenómeno de los hermanos separados es demasiado importante, está demasiado ligado a la Iglesia, como para que podamos reducirlo o explicarlo por simples concomitancias políticas o por el juego sencillo de fuerzas religiosoculturales. Es un aspecto más de las dimensiones misteriosas que podemos descubrir en toda la vida de la Iglesia.

3.—Pero para llegar a esta conclusión en la síntesis e in-

Universidad Pontificia de Salamanca

terpretación históricas, tendremos necesidad de revisar muchos de nuestros estudios sobre los hechos que constituyen el origen de las iglesias separadas. Recuérdese la visión nueva que nos proporcionan los estudios más recientes sobre el cisma de Focio, sobre el Conciliarismo tardomedieval y sobre las 95 tesis de Lutero, por citar algún ejemplo. En estos estudios debe quedar claro ese momento en que el "heresiarca" o la herejía se ven como desbordados por una fuerza misteriosa, que muchas veces no sabríamos decir si es divina o diabólica, y son arrastrados por ella. De autores se convierten en víctimas de un movimiento que ya no son capaces de dominar. No sabremos lo que tienen de psicológico, de político o de simples realidades históricas; no sabremos hasta qué punto todo ese fenómeno religioso está influenciado por las pasiones humanas, por las razones políticas, sociales y culturales, pero con el correr del tiempo el fenómeno se irá acrisolando hasta convertirse para muchos de sus seguidores en hecho religioso dentro del cual es posible una auténtica vida cristiana y una auténtica santidad.

Aquí es donde veremos también, cómo muchas veces los fundadores de las religiones, lo mismo que los reformadores católicos, han llegado a ser tales casi a la fuerza, contra su voluntad. Un conjunto de causas y de hechos los ha llevado a actuar en contra mismo de su temperamento y de su modo de ser. No han partido de la revolución; son las circunstancias externas las que los han llevado a la revolución, a la temeridad y a la exageración, con lo que la dimensión religiosa de su movimiento ha podido quedar aún más oscurecida. Así veremos que en un principio Lutero camina por el mismo sendero que llevará a otros a Trento y a las reformas pretridentinas; el que no llegara sino a través de la revolución protestante, quizá se deba a causas ajenas al mismo Lutero. Lutero se convirtió en reformador sin quererlo (Lortz), y la reforma, presionada por el ambiente, lo hizo desembocar en la rebelión, en la herejía y en el cisma. Lutero no fue desde el principio el Lutero protestante (Lortz).

Para comprender mejor este punto sería conveniente recordar que los mismos protestantes no admiten en todos sus fundadores y en todas las actitudes protestantes del pasado un valor definitivo para entonces y para siempre. La reforma y el valor de la reforma se ha de ir redescubriendo y perfeccionando dentro de la Iglesia. Para ellos lo trágico ha estado y está

Universidad Pontificia de Salamanca

en que muchas reformas hayan terminado fuera de la Iglesia como auténticas revoluciones.

4. Por todo ello se debe distinguir, como hacen los documentos conciliares, los orígenes históricos y la situación posterior que ha ido constituyendo ese ambiente cristiano en que viven los hermanos separados. La culpa de los padres no quita el que "quienes ahora nacen en esas comunidades y se nutren con la fe de Cristo no puedan ser acusados de pecado de separación, y la Iglesia católica los abrace con fraterno respeto y amor".

5. Por otra parte, nunca debemos olvidar que el fenómeno histórico de los hermanos separados es un fenómeno religioso que tiene lugar en la Iglesia. Y aquí los católicos españoles hemos tenido una dificultad especial para comprenderlo. Entre nosotros era corriente ver en los hermanos separados enemigos del catolicismo, más propensos a aliarse con los enemigos de la fe y con los no-cristianos que con la Iglesia de Roma. Es evidente que esta actitud descansaba en unos antecedentes de los que todos debemos sentirnos bastante culpables. Las guerras de religión y los compromisos políticos de las iglesias cristianas han creado entre ellas mismas la animosidad que había existido tradicionalmente entre las potencias a quienes se ligaban por razones de propia defensa. Por eso tampoco es de admirar el que algunas naciones, confesionalmente católicas, hayan considerado a otras confesiones cristianas como un peligro nacional y la profesión de las mismas como algo contrario al espíritu patriótico. Se explica, no por una mentalidad religiosa, sino por actitudes históricas de las que a veces no aparecen tan inocentes los hermanos separados. Hoy ya han desaparecido esas actitudes políticorreligiosas o, al menos en España, nos es más fácil comprenderlas. Por eso nos es también más fácil comprender el hecho de las iglesias separadas como un fenómeno de la Iglesia.

Para esto importa poco el que los hermanos separados hayan terminado, de hecho, fuera de la Iglesia, a veces por voluntad explícita de ambas partes (excomuniones mutuas). El hecho de la excomunión quedará explicado, la mayoría de las veces, dentro del contexto histórico de los orígenes a que aludíamos antes.

Además, si tenemos en cuenta que el fenómeno de las iglesias separadas es un fenómeno cristiano de las *épocas de crisis*, todo nos será más comprensible. En esos momentos, en efecto,

Universidad Pontificia de Salamanca

la Iglesia se enfrenta con un mundo nuevo y desconocido (culturas, ideologías, mentalidad, etc.). Entonces es cuando en la misma Iglesia surge el clima propicio para la duda, la desorientación y las opciones nuevas, sin que esto suponga necesariamente mala fe; son opciones nuevas y comprometidas en un mundo distinto. La "reforma" o el nuevo grupo religioso no es la solución de la crisis, lo mismo que no lo son las revoluciones en el orden político y social. Más aún, podríamos decir que llegan a cristalizar cuando ya no son necesarias; en ese momento en que la iglesia oficial promueve una verdadera "reforma" que con sólo extenderla en amplitud y profundidad podría llevar a la solución de la "crisis".

También resulta curioso comprobar cómo las "reformas" no pretenden, al menos de una manera consciente, una encarnación de la Iglesia en ese mundo nuevo, sino la "reforma" de lo actual, que se considera infiel a lo antiguo, a los orígenes. De aquí que muchas veces aparezcan como una reacción contra una iglesia comprometida con el presente. Mas por el mismo hecho de tener lugar en una época de crisis, la reforma es particularmente sensible a algunas tendencias de la época. Esas tendencias las puede desarrollar más y de una manera más ostensible, en cuanto que por ser una reacción contra el presente, tiende a prescindir de lo que éste llama "tradicional", en cuanto justificación del mismo presente, para volverse a lo "antiguo" y acomodarlo al presente. Así se encuentra sin la rémora de la "costumbre" para realizar una renovación que, respetando la "costumbre" y la "tradición", es decir, sin un corte con el pasado inmediato, sería imposible. De aquí se derivará otra sensación que puede parecer a algunos decepcionante o inconsecuente: cuando el proceso normal de una solución espontánea de la crisis hace que los nuevos valores de ese presente se vayan incorporando a la Iglesia católica, se tendrá la impresión de que la Iglesia tradicional ha dado marcha atrás y de que, al fin, ha contemporaneizado acomodando su verdad a la evidencia de los hechos consumados: la herejía no estaba tan equivocada. En realidad lo que ha ocurrido es que, por un lado, la herejía o el cisma han provocado un proceso de reflexión sobre la verdad de la Iglesia, y, por otro, la vida de cada día ha puesto más de relieve el mundo que la rodea con todos sus valores. Así, la verdad se va clarificando y la Iglesia asimila los valores del mundo nuevo y se encarna en él. Por eso, muchas veces, cuando se podría creer que una de las iglesias ha copiado de la

Universidad Pontificia de Salamanca

otra, lo que ha ocurrido es que ha descubierto valores comunes a varias. Con esto no excluimos que, en determinados casos, una confesión se haya convertido en ocasión y estímulo; pero el otro proceso parece lo normal. Por ejemplo, si el cisma o la herejía se han unido a una cultura en la que aún no está encarnado el Catolicismo, los valores de esta cultura podrán parecer exclusivos del cisma, desde un punto de vista religioso; en realidad lo son del mundo en que se ha encarnado la herejía; por lo mismo podrá llegar un día en que la Iglesia, sin dejar de ser plenamente fiel a sí misma, se acerque a algunos aspectos de la herejía, sobre todo cuando ésta haya suavizado sus formulaciones mediante visiones propias de culturas e ideologías comunes ya a ambas confesiones. Es, por otra parte, lo que hace de la herejía una aportación al conocimiento de la verdad, y en lo que se basa su misión providencial en medio de la posible culpabilidad personal de los fundadores: las iglesias separadas son un fenómeno de la Iglesia en una época de crisis y acomodación. ¿Cómo se han apartado de ella?, ¿por qué lo han hecho, cuál es su misión actual, es lo que hay que explicar teniendo en cuenta los principios que hemos expuesto.

IV.—CONCLUSION

Me parece que ya es hora al poner punto final a estas reflexiones, al terminar quizá alguien hubiera deseado una especie de programa o una síntesis práctica de lo que pudiera exponer en las clases de historia de la Iglesia. No me parece esto lo más importante. El estudiante español de teología tiene una mentalidad abierta y amplia, tanto en los principios dogmáticos como en la visión imparcial de los hechos históricos. Ahora hace falta que en las clases de historia descubra esa otra cara del fenómeno religioso de los hermanos separados a que hemos aludido y que muchas veces no está tan clara ni en la realidad histórica ni, menos, en los manuales que se ocupan de ella.

Ante esta necesidad y urgencia es como han brotado estas páginas, con las que es posible que no estén todos de acuerdo. Si pudieran servir para un diálogo y un desarrollo posterior del tema habrían cumplido toda su misión.

Universidad Pontificia de Salamanca